

AMOR & GELATO

Jenna Evans Welch





Prólogo



Probablemente sepas lo que es tener un mal día, ¿verdad? Ya sabes, aquellos en los que la alarma no suena, el pan tostado casi se prende fuego y recuerdas demasiado tarde que toda la ropa que tienes está húmeda en el fondo de la lavadora. Por eso, llegas quince minutos tarde a la escuela, *mientras rezas* para que nadie se dé cuenta de que tu cabello luce como el de la novia de Frankenstein. Pero, ni bien te acomodas en el pupitre, la profesora exclama:

–¿Se le hizo un poco tarde, señorita Emerson? –finalmente, todos te miran y lo advierten.

Estoy segura de que sabes a qué me refiero. Todos hemos tenido días así. Pero, ¿qué me dices de aquellos días realmente malos y terribles en los que, por simple capricho, el universo nos escupe sobre el rostro todas las cosas que realmente nos importan?

Sin lugar a dudas, el día en que mamá me habló de Howard entra en la categoría de los *peores* días de mi vida. Pero, en aquel entonces, ni me preocupaba por él.

Hacía dos semanas que había comenzado el último año del bachillerato y estábamos en el auto, volviendo a casa de la cita con el médico de mamá. Con la excepción de un comercial de radio que narraban dos imitadores de Arnold Schwarzenegger, reinaba el silencio y, pese a

que hacía mucho calor, yo tenía piel de gallina en ambas piernas. Esa misma mañana, había salido segunda en la primera carrera a campo traviesa de la que había participado, y no podía creer que aquel logro ya no me resultara relevante.

–Lina, ¿cómo te sientes? –me preguntó mamá con la voz suave, luego de apagar la radio. Cuando la miré y advertí lo pálida y consumida que estaba, me eché a llorar nuevamente. ¿Cómo no me había dado cuenta de que tenía el rostro tan *consumido*?

–No lo sé –respondí, intentando mantener el tono de voz uniforme–. Siento que estoy en estado de shock.

Ella asintió con la cabeza, al mismo tiempo que se detenía en un semáforo. La luz del sol era ennegecedora y, cuando intenté mirarlo fijo, me ardieron los ojos. *Hoy es el día en que todo cambia*, pensé. *Desde ahora, solo habrá un antes y un después del día de hoy.*

–Lina, ¿alguna vez te hablé de cuando me desafiaron a nadar en una fuente? –mamá se aclaró la garganta y, apenas le eché un vistazo, se incorporó como si tuviera algo importante para decirme.

–¿Qué? –giré la cabeza de repente.

–¿Recuerdas que te conté que estuve estudiando en Florencia por un año? Habíamos salido a tomar fotos con mis compañeros de curso y el día estaba tan caluroso que parecía que nos íbamos a derretir. Entonces, un amigo llamado Howard me retó a que me sumergiera en una fuente.

Ten en cuenta que acabábamos de recibir la peor noticia de nuestras vidas. La *peor*.

–...y asusté a un grupo de turistas alemanes que estaban posando para una foto. Cuando salí del agua, uno de ellos perdió el equilibrio y casi cae junto a mí. Como todos estaban furiosos, Howard empezó a gritar que yo me estaba ahogando y se metió también para rescatarme.

–Eh... mamá –la observé y ella se volvió con una débil sonrisa–. Es una anécdota muy divertida y todo pero, ¿por qué me la estás contando ahora?

–Quería hablarte de Howard. Era muy divertido –cambió la luz del semáforo y ella aceleró.

¿Qué?, pensé. ¿Qué, qué, qué?



En un primer momento, creí que lo de la historia de la fuente era un mecanismo de defensa para intentar abstraerse de los dos bloques de granito que pendían sobre nuestras cabezas; es decir, una simple anécdota sobre un antiguo amigo para distender el ambiente. *Inoperable e incurable*. Pero luego, me contó otra historia sobre él y otra más, hasta tal punto que, cada vez que comenzaba a hablar, yo ya sabía que iba a mencionar a Howard. Más adelante, cuando finalmente me confesó la razón por la que hablaba tanto de Howard, bueno... digamos que la ignorancia es una bendición.

–Lina, quiero que vayas a Italia.

Era mediados de noviembre y yo estaba sentada junto a su cama de hospital con una pila de revistas *Cosmopolitan* prehistóricas, que había robado en la sala de espera. Durante los últimos diez minutos, había estado resolviendo una encuesta titulada “En la escala del 1 al 10, ¿qué tan sexy eres?” (7/10).

–¿Italia? –pregunté, un poco distraída. Como la persona que había hecho el test antes que yo había obtenido 10/10, estaba tratando de averiguar cómo lo había logrado.

–Me refiero a que quiero que vayas a vivir a Italia. Después.

Aquello captó mi atención. En primer lugar, no creía que habría un *después*. Sí, tenía que admitir que su cáncer avanzaba como predecían los doctores, pero también era verdad que ellos no sabían todo. De hecho, esa misma mañana había añadido a favoritos una historia sobre una mujer que, luego de haberse recuperado de un cáncer, había escalado el monte Kilimanjaro. Y, por otro lado, ¿Italia?

–¿Por qué querría hacer eso? –pregunté suavemente. Como una parte importante de la recuperación consiste en evitar el estrés, debía mantenerla contenta y tranquila.

–Quiero que te quedes con Howard. El año que pasé en Italia fue muy significativo para mí y quiero que vivas la misma experiencia que tuve yo.

De inmediato, fijé la vista en el botón para llamar a la enfermera. *¿Quedarme con Howard en Italia?* ¿Acaso le habrían dado demasiada morfina?

–Lina, mírame –expresó con tono autoritario, como si quisiera afirmar que ella era la madre.

–¿Con Howard te refieres a ese hombre del que no paras de hablar?

–Sí, es el mejor hombre que conocí en mi vida. Él te protegerá.

–¿Me protegerá *de qué?* –ni bien la miré a los ojos, me empezó a faltar el aire. No podía creer que ella estuviera hablando en serio. ¿Las habitaciones de los hospitales tendrían bolsas de papel?

–Las cosas serán... difíciles –ella sacudió la cabeza con los ojos brillantes–. No tenemos que hablar de esto ahora mismo, pero quería que supieras cuál era mi decisión. Después, vas a necesitar a alguien y creo que él es la persona indicada.

–Mamá, eso no tiene ningún sentido. ¿Por qué iría a vivir con un desconocido? –me levanté de un brinco y comencé a revisar las gavetas de la mesa auxiliar. *En algún sitio*, tenía que haber alguna bolsa de papel.

–Lina, siéntate.

–Pero, mamá...

–Siéntate. Vas a estar bien. Vas a sobrevivir. Seguirás con tu vida y todo será estupendo.

–No –respondí–. *Tú* vas a sobrevivir. A veces, la gente se recupera.

–Lina, Howard es un amigo maravilloso. Te va a caer muy bien.

–Lo dudo mucho. Además, si es un amigo tan maravilloso, ¿por qué no lo conocí antes? –luego de abandonar la búsqueda de la bolsa, me desplomé sobre la silla y apoyé la cabeza entre las rodillas.

–Las cosas estuvieron un poco complicadas entre ambos, pero él quiere conocerte y me dijo que le encantaría que te quedaras en su casa –ella intentó incorporarse, se inclinó hacia delante y apoyó la mano sobre mi espalda–. Prométeme que lo intentarás, al menos por un par de meses.

De un momento a otro, llamaron a la puerta y, cuando alzamos la mirada, vimos a una enfermera que llevaba una bata color azul claro.

–Vine a hacer un control –dijo, sin darse cuenta de la expresión de mi rostro. En una escala del uno al diez, la tensión de la sala era 100/10.

–Buenos días. Le estaba diciendo a mi hija que tiene que viajar a Italia.

–Italia –repitió la enfermera, al mismo tiempo que se presionaba el pecho con las manos–. Yo fui en mi luna de miel. El *gelato*, la torre inclinada de Pisa, las góndolas en Venecia... te va a encantar.

Mamá me sonrió de modo triunfal.

–No, mamá. No estoy dispuesta a ir a Italia.

–Oh, cariño, pero tienes que ir –agregó la enfermera–. Será una experiencia única en la vida.

Al fin y al cabo, la enfermera tenía razón en una cosa: debía ir a Italia. Pero la verdad era que nadie me había dado la más mínima pista de lo que me encontraría una vez que llegara allí.



Capítulo 1



La casa brillaba a la distancia, al igual que un faro entre un mar de lápidas. Pero esa no podía ser *su* casa, ¿verdad? Probablemente, estaríamos siguiendo alguna especie de costumbre italiana. *Siempre hay que llevar a los recién llegados a un cementerio para que tengan una aproximación a la cultura local.* Sí, debía ser eso.

Entrelacé mis dedos sobre el regazo. A medida que nos acercábamos a la casa, se me iba formando un nudo en el estómago, como si estuviera observando aletas de tiburón que emergían de las profundidades del océano. *Tarán tarán.* Pero la única diferencia era que no me encontraba en una película. Esto era real y había un único giro a la izquierda. *No entres en pánico. Este no puede ser el lugar. Mamá no me enviaría a vivir a un cementerio. De lo contrario, me lo hubiera advertido. Me habría...*

Cuando él dobló en la señal de giro, sentí que me quedaba sin aliento. *Ella no me había advertido nada.*

—¿Te sientes bien?

Como yo acababa de lanzar un resoplido, Howard —o tal vez debería llamarlo *mi papá*— me miraba con preocupación.

—¿Es esa tu...? —como no me salieron las palabras, tuve que señalarla con el dedo.

–Bueno, sí –vaciló por un instante, antes de hacer un ademán por fuera de la ventana–. Lina, ¿acaso no sabías nada de todo esto?

–Mi abuela me dijo que me quedaría en tierras estadounidenses –la expresión *todo esto* no alcanzaba a describir aquel enorme cementerio iluminado por la luna–. También me comentó que eras el supervisor de un monumento conmemorativo de la Segunda Guerra Mundial, pero no creí que... –me invadía un pánico desbordante que se derramaba por mi cuerpo como si fuera almíbar caliente. Además, tampoco podía terminar las frases. *Respira hondo, Lina. Ya pasaste lo peor. También podrás enfrentar esto.*

–El monumento conmemorativo es ese edificio que está allí –señaló con un dedo el extremo más lejano de la propiedad–. Pero, en el resto del terreno, están las tumbas de los soldados de Estados Unidos que murieron en Italia durante la guerra.

–Pero, esta no es tu *verdadera casa*, ¿no es cierto? Solamente trabajas aquí.

En lugar de responder, ingresó por el camino y aparcó el automóvil. Al mismo tiempo que se apagaban las luces de los faros delanteros, se desvanecieron mis últimas esperanzas. Esta no era simplemente una casa, sino un *hogar*. El sendero estaba cubierto de geranios rojos y había un sillón columpio que se balanceaba de adelante hacia atrás, como si alguien lo hubiera utilizado pocos minutos antes. Si uno dejaba de lado las cruces que revestían los jardines, parecía una vivienda común y corriente dentro de una región bastante normal. Pero en verdad no era un vecindario común y corriente; esas cruces no se irían a ningún sitio, quedarían allí para siempre.

–Como querían que hubiera un vigilante en todo momento, en los sesenta construyeron esta casa –Howard extrajo las llaves del auto y comenzó a tamborilear los dedos contra el volante. Era evidente que estaba nervioso–. Lo siento mucho, Lina. Pensé que sabías. No me puedo ni imaginar lo que estarás pensando ahora mismo.

–Es un cementerio –mi voz se asemejaba a una luz apagada.

–Lo sé –él se volvió hacia mí, sin hacer contacto visual–. Lo último que necesitas es algo que te recuerde todo lo que has experimentado este año, pero creo que este sitio te va a terminar simpatizando. Es tranquilo y tiene una historia muy interesante. A tu madre le encantaba. Después de haber vivido aquí durante casi diecisiete años, yo no podría vivir en otro lugar.

Aunque él hablara en un tono optimista, me desplomé sobre el asiento con una avalancha de preguntas que me daban vueltas en la cabeza. *Si le gustaba tanto, ¿por qué no me lo había mencionado antes? ¿Por qué comenzó a hablar de ti cuando se enfermó? Y, por el amor de Dios y todo lo sagrado, ¿por qué razón omitió el pequeñísimo detalle de que eras mi padre?*

–Entremos –luego de absorber mi silencio durante un instante, Howard abrió la puerta del vehículo–. Yo llevo tu maleta.

El hombre de un metro noventa de estatura se dirigió a la parte trasera del auto y yo me incliné hacia delante para observarlo por el espejo lateral. Mi abuela era la que había rellenado los huecos de esta historia. “Ella quería que fueras a vivir con él porque es tu padre”. Probablemente, lo tendría que haber visto venir. El problema era que pensaba que mamá me *hubiera mencionado* algo tan relevante como la verdadera identidad de su antiguo amigo Howard.

Una vez que Howard cerró el maletero, me incorporé y, para ganar un poco más de tiempo, empecé a revisar mi mochila. *Piensa un poco, Lina. Estás sola en un país extranjero, un gigante alega ser tu padre y tu nuevo hogar podría ser el escenario de una película sobre el apocalipsis zombie. Debes hacer algo al respecto.*

Pero, ¿qué podía hacer? A menos que robara a Howard las llaves del auto, no se me ocurría ninguna otra forma de evitar entrar a esa casa. Finalmente, me quité el cinturón de seguridad y lo seguí hasta la entrada principal.



Por dentro, la vivienda era exageradamente normal, como si hubiese hecho un gran esfuerzo por compensar el sitio en el que se hallaba. Después de dejar mi maleta en el corredor de la entrada, Howard y yo entramos en la sala, que tenía dos sillas acolchonadas y un sofá de cuero. Las paredes estaban cubiertas de afiches antiguos de viajes, y toda la habitación emanaba un delicioso aroma a cebolla y ajo.

–Bienvenida a casa –dijo Howard, al mismo tiempo que encendía la luz principal. De un segundo a otro, sentí que me daban una bofetada en el rostro y, cuando observó mi expresión de pánico, se estremeció–. Bienvenida a Italia, quise decir. Me alegra mucho que estés aquí.

–¿Howard?

–Hola, Sonia.

Una mujer alta como una gacela ingresó a la sala. Parecía unos años mayor que Howard, tenía la piel del color del café y llevaba varios brazaletes de oro en ambos brazos. Era hermosa y también, una sorpresa.

–Lina –expresó ella, pronunciando mi nombre con cuidado–. Has llegado bien. ¿Qué tal los vuelos?

–Muy bien –trasladé el peso de mi cuerpo de un pie hacia el otro. ¿Acaso alguien nos iba a presentar?–. Aunque el último fue muy largo.

–Estamos encantados de que estés aquí –me dijo con una sonrisa pero, inmediatamente después, reinó el silencio.

–Así que... ¿tú eres la mujer de Howard? –finalmente, me atreví a hablar.

Luego de intercambiar miradas, Howard y Sonia se echaron a reír a carcajadas.

Lina Emerson, eres la reina de la comicidad.

–Lina, ella es Sonia –por fin, Howard recuperó la compostura–. Es la supervisora adjunta del cementerio. Trabaja aquí desde hace mucho más tiempo que yo.

–Solo un par de meses de diferencia –agregó Sonia, secándose los ojos–. Howard siempre me hace quedar como si fuera un dinosaurio.

Mi casa también se encuentra dentro de la propiedad, pero está más cerca del monumento conmemorativo.

—¿Cuántas personas viven aquí?

—Solo nosotros dos. Ahora, tres —respondió Howard.

—Y aproximadamente cuatro mil soldados —añadió Sonia con una sonrisa. Cuando ella echó un vistazo a Howard, me volví justo a tiempo para ver cómo él se pasaba el dedo por el cuello con frenesí. Comunicación no verbal. Estupendo.

»Lina, ¿tienes hambre? —la sonrisa de Sonia se desvaneció—. Hice una *lasagna*.

—Sí, tengo bastante hambre —admití con sutileza. Así que *ese* era el olor.

—Genial. Preparé mi especialidad: *lasagna* y pan de ajo.

—¡Sí! —exclamó Howard, estirando el brazo con el mismo ímpetu que un ama de casa en el programa *Diga lo que vale*—. Nos vas a consentir.

—Como es una noche especial, decidí esmerarme al máximo. Lina, probablemente quieras lavarte las manos. Mientras tanto, yo serviré la comida. Nos encontramos en el comedor.

—El cuarto de baño está allí —Howard señaló una puerta, cruzando la sala.

Después de asentir, dejé mi mochila en la silla más cercana y prácticamente salí corriendo de la habitación. El baño era una miniatura; apenas había lugar para un retrete y un lavabo. Para poder borrar de mis manos todo rastro del aeropuerto, dejé que el agua corriera a la mayor temperatura que pudiera soportar.

Mientras me fregaba con la ayuda de un jabón que estaba en el borde del lavabo, me eché un vistazo en el espejo y lancé un gemido. Lucía como si me hubieran arrastrado por tres husos horarios distintos, lo cual, por cierto, era exactamente lo que había ocurrido. Mi piel morena estaba pálida y de color amarillento, y tenía grandes ojeras. ¡Y mi

cabello, por Dios! Había encontrado la forma de desafiar las leyes de la física. Mojó mis manos e intenté aplastar mis rizos, pero aquello los estimuló aún más. Finalmente, me di por vencida. ¿Qué importaba si me parecía al erizo que había descubierto el Red Bull? Los padres debían aceptarnos tal cual éramos, ¿no es cierto?

Apenas percibí que sonaba música fuera del baño, la llama de mi nerviosismo se encendió como una hoguera. ¿Era necesario que fuera a cenar? Tal vez podría ocultarme en alguna habitación cercana e intentar procesar toda la situación del cementerio. O no procesarla. Pero, de pronto, mi estómago comenzó a rugir en señal de protesta. ¡*Puf*, en verdad tenía que comer!

–Aquí está –expresó Howard, al mismo tiempo que se ponía de pie y yo entraba en el comedor. La mesa estaba recubierta por un mantel rojo a cuadros y, del iPod que estaba junto a la entrada, sonaba una antigua canción de rock que creí reconocer. Me deslicé sobre una silla del lado opuesto a las de ellos y Howard también se sentó.

»Ojalá tengas apetito, porque Sonia es una estupenda cocinera. Creo que se confundió de vocación –ahora que no estábamos los dos solos, parecía más relajado.

–De ninguna manera –lanzó Sonia–. Mi vida estaba destinada al monumento conmemorativo.

–La comida se ve muy bien –y por *muy bien*, me refería a *fabulosa*. Había una fuente humeante de *lasagna* junto a una canasta con gruesas rebanadas de pan de ajo y un bol con ensalada llena de vegetales crujientes. Tuve que hacer uso de toda mi fuerza de voluntad para no arrojarme sobre aquellos manjares.

–Sírrete todo el pan y ensalada que quieras. *Buon appetito* –me dijo Sonia, luego de cortar una enorme porción de *lasagna* y ponerla en el centro de mi plato.

–*Buon appetito* –repitió Howard.

–*Buon appe...* algo –balbuceé.

Apenas terminaron de servirse, tomé el tenedor y atacué la *lasagna*. Era consciente de que parecía un mastodonte salvaje pero, después de un día entero de comida de avión, no podía controlarme. Esas porciones habían sido una *miniatura*. Cuando finalmente decidí tomar aire, advertí que Sonia y Howard me observaban. Él estaba ligeramente horrorizado.

–Lina, ¿qué te gusta hacer? –preguntó Sonia.

–¿Además de asustar a la gente con mis modales en la mesa? –tomé la servilleta.

–Tu abuela me dijo que te encanta correr –Howard rio entre dientes–, y que tu promedio por semana es de sesenta y cinco kilómetros. También me comentó que te gustaría correr en la universidad.

–Bueno, eso explica el apetito –Sonia cortó otra porción y yo le pasé mi plato, completamente agradecida–. ¿Corres en la escuela?

–Solía hacerlo. Formaba parte del equipo escolar de carrera a campo traviesa, pero perdí mi puesto cuando nos enteramos.

Los dos permanecieron mirándome fijo.

–Cuando nos enteramos del cáncer de mamá. Como el entrenamiento requería mucho tiempo, no quería irme de la ciudad y faltar a las citas con los médicos, y eso.

–Creo que el cementerio es un lugar estupendo para una corredora –asintió Howard–. Hay mucho espacio, y las carreteras son muy agradables y tranquilas. Antes salía a correr todo el tiempo, pero ahora me volví gordo y perezoso.

–Oh, por favor –Sonia miró hacia arriba–. Aunque quisieras, no podrías engordar –empujó la canasta de pan de ajo en mi dirección–. ¿Sabías que tu madre y yo éramos amigas? Era adorable, muy talentosa y alegre.

No, tampoco me dijo nada de eso. ¿Era posible que hubiese caído en la trampa de un elaborado plan de secuestro? ¿Los secuestradores serían capaces de alimentarme con dos porciones de la mejor *lasagna* que había probado en mi vida? Y, si los presionaba, ¿me darían la receta?

–Lo siento, no lo sabía –Howard se aclaró la garganta y, gracias a eso, regresé a la conversación–. Nunca te mencionó –Sonia asintió con el rostro inexpresivo.

–Seguramente estés muy cansada –expresó Howard, después de mirarla y volverse nuevamente hacia mí–. ¿Quieres contactarte con alguien? Cuando el avión aterrizó, escribí un mensaje a tu abuela, pero puedes llamarla, si quieres. Tengo un plan internacional en el teléfono móvil.

–¿Puedo llamar a Addie?

–¿Es la amiga con la que estabas viviendo?

–Sí, pero tengo la computadora portátil, así que puedo utilizar el FaceTime.

–Esta noche no creo que eso funcione, porque Italia no está a la vanguardia de la tecnología y nuestra conexión de Internet funcionó muy lenta estos últimos días. Mañana va a venir un técnico a arreglarla pero, mientras tanto, puedes usar mi teléfono.

–Gracias.

–¿Alguien quiere una copa de vino? –él se apartó de la mesa.

–Sí, por favor –respondió Sonia.

–¿Lina?

–Eh... soy menor de edad.

–En Italia no hay edad legal para beber –sonrió él–. Es un poco distinto por aquí. Pero, de todas formas, no te quiero presionar.

–Esta vez, paso.

–Enseguida regreso –se dirigió hacia la cocina.

–Me alegra mucho que estés aquí, Lina –dijo Sonia, mientras apoyaba el tenedor, luego de que reinara el silencio durante diez segundos–. Quiero que sepas que, cualquier cosa que necesites, estoy a un tiro de piedra de distancia. Literalmente.

–Gracias –fijé la vista en un punto que estaba justo por encima de su hombro izquierdo. Los adultos siempre se esforzaban demasiado cuando estaban conmigo. Tal vez pensaban que, si se comportaban

de forma amable, podrían compensar el hecho de que había perdido a mi madre. Aunque esa actitud fuera bastante cálida, también me parecía un poco triste.

–También quería preguntarte si no te importaría pasar por mi casa mañana en algún momento del día –después de echar un vistazo a la cocina, Sonia bajó el tono de voz.

–¿Qué?

–Mañana hablaremos del tema. Esta noche debes aprovechar para instalarte.

Yo sacudí la cabeza. Me iba a instalar lo menos posible. De hecho, ni siquiera pensaba desempacar mi maleta.



Una vez que terminamos de cenar, Howard insistió en subir mi equipaje.

–Espero que te guste tu habitación. Hace un par de semanas la volví a pintar y la redecoré. Creo que quedó bastante bien. Para mantener más fresco el ambiente, durante el verano suelo dejar las ventanas abiertas pero, si lo prefieres, siéntete libre de cerrarlas –habló rápidamente, como si hubiera practicado el discurso de bienvenida.

Apenas subimos, puso mi maleta frente a la primera puerta.

–El cuarto de baño está al final del corredor. Puse un jabón y un shampoo nuevos. Avísame qué más necesitas y mañana te lo compraré, ¿de acuerdo?

–De acuerdo.

–Y, como ya te he dicho, Internet está funcionando muy mal, pero si quieres probar, nuestra red se llama “Cementerio Americano”.

–¿Cuál es la contraseña del Wi-Fi? –por supuesto que ese era el nombre.

–El muro de los desaparecidos, todo junto.

–El muro de los desaparecidos –repetí–. ¿Qué significa?

–Es una parte del monumento conmemorativo. Hay muchas lápidas de piedra con los nombres de los soldados cuyos cuerpos jamás fueron encontrados. Si quieres, mañana te lo puedo mostrar.

–*Nooo*, muchas gracias. Bueno, estoy muy cansada, así que... –me acerqué a la puerta.

–Te escribí las instrucciones para que puedas llamar a los números de Estados Unidos. Tienes que poner el código de país y de área. Avísame si tienes algún problema con eso –como entendió la indirecta, rápidamente me pasó el teléfono móvil con un trozo de papel, y me lo guardé en el bolsillo.

»Buenas noches, Lina.

–Buenas noches.

Una vez que se volvió y empezó a caminar por el pasillo, abrí la puerta y arrastré mi maleta dentro del dormitorio. Como finalmente estaba sola, de un momento a otro, sentí que desaparecía la tensión que se había acumulado en mis hombros. *Bueno, realmente estás aquí*, pensé. *Tú y tus cuatro mil nuevos amigos*. Como había una cerradura en la puerta, la aseguré con un *click* de satisfacción. Lentamente, me fui volviendo y me armé de valor para enfrentar lo que Howard había dicho que había quedado *bastante bien*. Pero, apenas lo hice, se me detuvo el corazón y quedé completamente asombrada.

La habitación era perfecta. Sobre la mesa de noche había una adorable lámpara, cuya luz brillaba con suavidad, y el mueble de la cama era muy antiguo y estaba cubierto por millones de cojines de decoración. En los extremos opuestos del dormitorio había un vestidor y un escritorio pintado a mano. Un enorme espejo ovalado colgaba de la pared que estaba junto a la puerta y, sobre la mesa de noche y el vestidor, también había algunos marcos vacíos de fotos, como si estuvieran aguardando a que yo los rellenara.

Pero lo más sorprendente era que todo estaba configurado a *mi* medida y según *mi estilo personal*. ¿Cómo era posible que alguien que no

me conocía se las hubiera arreglado para armar la habitación de mis sueños? Tal vez las cosas *no iban* a andar tan mal...

De pronto, una ráfaga de viento sopló dentro del dormitorio y mi atención se centró en la enorme ventana que estaba abierta. Había ignorado mi propia regla: *Si parece demasiado bueno para ser cierto, probablemente ese sea el tema*. Caminé hacia ella y asomé la cabeza. Las lápidas resplandecían bajo la luz de la luna, al igual que hileras de dientes, y todo estaba oscuro y extremadamente silencioso. Toda la belleza del mundo no podría superar una vista como aquella.

Volví a entrar la cabeza y retiré el trozo de papel de mi bolsillo. Era hora de comenzar a maquinarse mi plan de escape.



Capítulo 2



Sadie Danes podrá ser la peor persona del universo, pero siempre ocupará un lugar muy especial en mi corazón ya que, después de todo, fue gracias a ella que conocí a mi mejor amiga.

Estábamos a principios de séptimo curso y Addie acababa de mudarse a Seattle desde Los Ángeles. Un día, luego de que hubiera finalizado la clase de gimnasia, Sadie había hecho un comentario sobre las chicas de nuestro año que no necesitaban usar sujetador (lo cual, seamos sinceros, era ridículo, ya que solo el uno por ciento de mis compañeras de séptimo realmente necesitaba usar bra). El tema era que, como yo *en particular* era la que menos lo necesitaba, todas sabían que estaba refiriéndose a mí. Ante aquella humillación, no se me había ocurrido nada mejor que ignorarla (esto es, meter mi cabeza de doce años de edad dentro del casillero para tratar de contener las lágrimas), mientras que, por su parte, Addie se había propuesto frenarla en seco una vez que saliera del vestuario; y desde aquel día en que nuestra nueva compañera había decidido dar la cara por mí, nunca había dejado de hacerlo.

–Vete de aquí porque puede ser Lina –la voz de Addie parecía muy lejana, como si no tuviera el teléfono cerca del rostro–. ¿Hola? –dijo sobre el altavoz.

–Addie, soy yo.

–¡Lina! WYATT, ALÉJATE DE AQUÍ –se oyeron varios gritos amortiguados e, inmediatamente después, un barullo que parecía producto de una especie de pelea mexicana con cuchillos entre ella y su hermano. Addie tenía tres hermanos mayores que, en lugar de mimarla, habían acordado por unanimidad que la tratarían como un chico más, lo cual explicaba muchos rasgos de su personalidad.

»Lo siento –expresó finalmente, una vez que pudo regresar al teléfono–. Wyatt es un idiota. Alguien le pisó el teléfono móvil y ahora mis padres dicen que le tengo que prestar el mío. Pero, no me importa lo que haya pasado; jamás daría mi número de teléfono a sus amigos cavernícolas.

–¡Oh, vamos! No son *tan* malos.

–Basta. Sabes que sí lo son. Ayer por la noche fui a la cocina y me topé con uno de ellos que estaba comiendo nuestros cereales. Había servido toda la caja dentro de un tazón para mezclar y los estaba devorando con una cuchara de *sopa*. Creo que Wyatt ni siquiera estaba en casa.

Luego de sonreír, cerré los ojos por un instante. Si Addie hubiera sido una superheroína, habría tenido el poder de hacer que su mejor amiga se sintiera como una persona normal. Durante las primeras semanas sombrías que le siguieron al funeral, ella había sido la que me había llevado a correr y la que había insistido en que hiciera algunas cosas, tales como comer y ducharme. Evidentemente, era la clase de amiga que sabía que no me merecía.

–Espera, ¿por qué estamos perdiendo el tiempo hablando de los amigos de Wyatt? Supongo que ya habrás conocido a Howard.

–¿Te refieres a mi padre? –abrí los ojos.

–Me niego a llamarlo de esa forma. Hace solo dos meses que nos enteramos de que era tu padre.

–Menos todavía –dije.

–Lina, me estás matando. ¿Cómo es él?

–Digamos que necesito irme de aquí lo antes posible –eché un vistazo a la puerta de mi dormitorio y, aunque la música de abajo siguiera sonando, bajé el tono de voz.

–¿Qué quieres decir? ¿Es un hombre muy raro?

–No, de hecho, es bastante normal y es tan alto como los jugadores de la NBA, lo cual me sorprendió mucho. Pero esa no es la peor parte –respiré hondo para intensificar el efecto dramático–. Como trabaja de supervisor en un cementerio, eso equivale a que tengo que vivir dentro del cementerio.

–¿QUÉ?

Como estaba lista para el estallido de mi amiga, puse el teléfono a varios centímetros de distancia de mi oído.

–¿Tienes que vivir dentro de un *cementerio*? ¿Acaso se dedica a *excavar fosas o algo parecido*? –la última frase fue solo un susurro.

–No creo que haya más entierros hoy en día. Todas las tumbas son de la Segunda Guerra Mundial.

–¡Como si eso fuera algo mejor! Lina, tenemos que sacarte de ahí. No es justo. Primero, pierdes a tu madre y luego, debes mudarte al otro lado del mundo para vivir con un hombre que, de pronto, dice ser tu padre y que, además, vive en un *cementerio*. ¡Vamos, es demasiado!

–Créeme cuando te digo que, si hubiese tenido la más mínima idea de en qué me estaba metiendo, me habría echado atrás con mayor insistencia. Este lugar es *muy raro*. Hay lápidas por todas partes y siento que estamos muy lejos de la civilización. Por la carretera en la que veníamos, vi algunas casas pero, más allá de eso, alrededor del cementerio solo parece haber bosques –me senté frente al escritorio y arrastré la silla hasta quedar de espaldas a la ventana.

–Cállate. Voy a buscarte. ¿Cuánto cuesta el boleto de avión? ¿Más de trescientos dólares? Porque eso es todo lo que me queda, después de nuestro pequeño tropiezo con la boca de incendio.

–¡Tampoco lo chocaste con tanta fuerza!

–Díselo al mecánico. Aparentemente, tuvieron que cambiar todo el parachoques y, definitivamente, tú eres la culpable. Si no hubieses estado cantando esa canción, yo no te habría imitado.

–Por supuesto que *no* es mi culpa que no te puedas controlar cada vez que suena en la radio una vieja canción de Britney Spears –sonreí, al mismo tiempo que levantaba los pies para sentarme con las piernas cruzadas–. ¿Necesitas que te ayude a pagarlo? Mis abuelos manejan mis finanzas, pero todos los meses me envían un poco de dinero.

–No, ¡claro que no! Vas a necesitar ese dinero para salir de Italia y regresar a casa. Además, estoy segura de que mis padres estarán de acuerdo en que vuelvas a vivir aquí. Mi mamá piensa que eres una buena influencia para mí. Tardó casi un mes en superar el hecho de que siempre ponías los platos sucios en el lavavajillas.

–Y sí, *soy* bastante admirable.

–Dímelo a mí. Bueno, hablaré con ellos lo antes posible, pero tengo que esperar a que mamá se relaje un poco. Este año, está encargada de un importante partido de fútbol para recaudar fondos para Wyatt, y se siente como si estuviera organizando un baile de debutantes. En serio, está *demasiado* estresada. Ayer por la noche, enloqueció por completo porque ninguno de nosotros comió su cazuela de fideos.

–A mí me gusta su cazuela de fideos. Es la que también lleva atún, ¿no es cierto?

–¡Puaj! Es imposible que te guste. Probablemente, te estabas muriendo de hambre después de haber corrido mil kilómetros. Además, tú comes cualquier cosa.

–Es verdad –admití, mientras volvía a colocar los pies sobre el suelo–. Pero, Addie, recuerda que debemos concentrarnos en convencer a mi abuela. Ella estaba muy de acuerdo con que viniera a vivir aquí.

–Lo cual no tiene ningún sentido. ¿Por qué te enviaría al otro lado del mundo para que vivieras con un extraño? Ni siquiera lo conoce.

–Creo que no supo qué otra cosa hacer. Cuando nos dirigíamos al

aeropuerto, me dijo que estaba pensando en mudarse con mi abuelo a un hogar de ancianos. Es evidente que le está resultando cada vez más difícil hacerse cargo de él.

–Por eso mismo deberías venir a vivir con *nosotros* –ella exhaló aire–. No te preocupes, yo me encargaré de la abuela Rachelle. Cuando la lleve a pasear y a comprar esos dulces de azúcar y mantequilla que tanto les gustan a las personas mayores, aprovecharé para comentarle por qué la vivienda de los Bennett es tu mejor opción.

–Gracias, Addie –como las dos dejamos de hablar al mismo tiempo, el ruido de los insectos y de la música de Howard se filtró en medio del breve silencio que reinó entre ambas. Tenía muchas ganas de escabullirme dentro del teléfono y regresar a Seattle, ya que no sabía cómo haría para sobrevivir sin Addie.

–¿Por qué estás tan callada? ¿Estás con el excavador de fosas?

–Estoy en mi habitación, pero tengo la sensación de que, en esta casa, el sonido atraviesa las paredes. No sé si me puede oír o no.

–Estupendo. Así que ni siquiera puedes hablar con total libertad. Tenemos que inventar una palabra en clave para que yo sepa si estás bien. Di *azulejo* si te han secuestrado.

–¿*Azulejo*? ¿No tiene que ser una palabra que no sea tan fuera de lo común?

–Mierda, ahora estoy confundida. Elige tú la palabra pero, de esa forma, jamás sabré si la dices en serio. ¿Te han secuestrado o no?

–No, Addie, no me han secuestrado –lancé un suspiro–. Solamente soy víctima de la promesa que le hice a mi madre.

–Así es, pero ¿de veras crees que las promesas cuentan si las haces bajo falsos pretextos? No lo tomes a mal, pero digamos que tu madre no fue demasiado *elocuente* cuando te habló de los motivos por los que quería que fueras a Italia.

–Sí, lo sé –exhalé un poco de aire–. Espero que haya tenido una buena razón para pedirme que viniera aquí.

–Tal vez sí.

Miré hacia la ventana por sobre mi hombro. La luna estaba por encima de la oscura línea de los árboles y, si no hubiera tenido otra alternativa, habría pensado que la vista era hermosa.

–Será mejor que me vaya porque estoy usando su teléfono móvil y, probablemente, esta comunicación le cueste una fortuna.

–Está bien. Vuelve a llamarme lo más pronto que puedas. No te preocupes, te sacaremos de allí lo antes posible.

–Gracias, Addie. Si tengo suerte, mañana podré llamarte por FaceTime.

–Estupendo, te estaré esperando en la computadora. ¿Cómo se dice adiós en italiano? ¿*Choo?* ¿*Chow?*

–No tengo ni idea.

–Eres una mentirosa. Tú eras la que siempre hablaba de que había que viajar por el mundo.

–Hola y adiós es *ciao*.

–Ah, cierto. *Ciao*, Lina.

–Ciao.

Corté la comunicación y dejé el teléfono sobre el escritorio. Como ya la echaba de menos, tenía la garganta muy seca.

–¿Lina?

¿*Howard!* Estuve a punto de caerme de la silla. ¿Acaso habría estado escuchando toda mi conversación?

Me incorporé rápidamente y entreabrí la puerta un par de centímetros. Howard estaba en el pasillo con varias toallas blancas plegadas, como si fueran las numerosas capas de un pastel de bodas.

–Espero no haberte interrumpido –dijo velozmente–. Acabo de recordar que te quería dar esto.

Me quedé estudiando su rostro con detenimiento, pero continuaba del mismo color insípido de la crema batida; aparentemente, tener un parentesco no significaba *nada*. Por otro lado, no tenía ni idea de si él había escuchado o no mi charla con Addie.

–Muchas gracias –luego de vacilar por un instante, abrí la puerta un poco más y tomé las toallas–. Ah, y aquí tienes tu teléfono –lo fui a buscar y se lo entregué.

–Entonces... ¿qué te parece?

–¿Qué cosa? –pregunté, mientras me sonrojaba.

–Tu dormitorio.

–Oh, estupendo. Es muy bonito.

De inmediato, se le iluminó el rostro con una amplia sonrisa que expresaba cierto alivio. Como era la primera vez que sonreía de forma genuina, noté que al hacer aquel gesto se le torcía un poco la comisura hacia el costado. Definitivamente, se mostraba muchísimo más relajado que antes.

–Qué bueno –se reclinó sobre el marco de la puerta–. Sé que no tengo el mejor gusto del mundo, pero quería que quedara lindo. Un amigo me ayudó a pintar el escritorio y el vestidor y, con Sonia, conseguimos el espejo en un mercado de pulgas.

Puf, ahora tenía la imagen de él deambulando por toda Italia en busca de muebles que pudieran gustarme. ¿Qué le había despertado este interés tan repentino? Hasta donde yo sabía, jamás me había enviado ni una tarjeta para mi cumpleaños.

–No tenías por qué molestarte –expresé.

–No fue ninguna molestia. De veras.

Volvió a esbozar una sonrisa e, inmediatamente después, se hizo un silencio largo e incómodo. Durante toda la velada me había sentido como si hubiera tenido una cita a ciegas con alguien con quien no tenía nada en común. No, en realidad había sido peor que eso, porque la verdad era que *sí* teníamos algo en común, pero todavía no lo habíamos mencionado. *¿Cuándo hablaríamos del tema?*

Ojalá que nunca.

–Bueno... buenas noches, Lina –él inclinó la cabeza.

–Buenas noches.

Una vez que sus pasos se evaporaron por el corredor, cerré la puerta con llave. Como sentía un dolor de cabeza muy intenso, me daba cuenta de que las diecinueve horas de viaje ya me estaban haciendo efecto. Definitivamente, era tiempo de que el día llegara a su fin.

Guardé las toallas dentro del vestidor, me quité los zapatos y, al saltar por los aires y aterrizar sobre la cama, los cojines de decoración volaron en todas las direcciones. *Al fin*. Afortunadamente, la cama era tan suave como parecía y las sábanas emanaban un aroma delicioso, similar al que tenían las mías cada vez que mamá pasaba varias horas en la fila de la lavandería. Me acomodé debajo de las mantas y apagué la luz.

De pronto, se oyeron fuertes carcajadas que provenían de la planta baja. Como la música seguía a todo volumen, probablemente estarían lavando los platos o, tal vez, jugando una ronda de croquet. Pero, ¿qué me importaba? Después del día que había tenido, podía dormir en cualquier sitio y bajo cualquier circunstancia.

Cuando estaba a punto de alcanzar la etapa nebulosa anterior al sueño, la voz de Howard me trajo nuevamente a la realidad.

–Es muy reservada.

Abrí los ojos de par en par.

–Si tenemos en cuenta el escenario, no creo que eso sea demasiado sorprendente –respondió Sonia.

Me quedé inmóvil. Aparentemente, Howard no era consciente de que el sonido se filtraba por las ventanas abiertas.

–Por supuesto –dijo en voz más baja–. Solamente me asombró un poco. Hadley era tan...

–¿Vivaz? Es verdad, pero es probable que Lina te sorprenda. No me extrañaría ni un poco que hubiera heredado algo del entusiasmo de su madre.

–Entusiasmo –rio por lo bajo–. Es una forma ingeniosa de decirlo.

–Dale tiempo.

–Por supuesto. Gracias de nuevo por la cena. Estuvo deliciosa.

–Un placer. Mañana por la mañana tengo pensado pasar por la oficina de turismo. ¿Vas a estar ahí?

–Voy a ir y volver. Quiero terminar temprano para llevar a Lina a la ciudad.

–Me parece bien. Buenas noches, jefe –las pisadas de Sonia atravesaron la entrada de gravilla y, segundos después, se abrió la puerta principal y volvió a cerrarse.

Me obligué a cerrar los ojos, pero me sentía como si tuviera soda corriéndome por las venas. ¿Qué es lo que Howard esperaba? ¿Que estuviera entusiasmada por haberme mudado a lo de alguien que nunca había visto en mi vida? ¿Que me sintiera emocionada por vivir en un cementerio? Tampoco era un secreto que no tenía ganas de venir aquí. Solamente había accedido porque mi abuela había sacado la artillería pesada: *Pero se lo prometiste a tu madre.*

Y, ¿por qué diablos había dicho “reservada”? *Odiaba* que me llamaran de esa forma, porque la gente siempre lo decía como si fuera una especie de deficiencia; como si, por no expresar todo de inmediato, fuera una persona poco amigable o arrogante. Mi madre era la única que me había comprendido. *Puede ser que te tomes tu tiempo para entusiasmarte pero, una vez que lo haces, iluminas toda la habitación.*

Cuando comenzaron a brotar lágrimas de mis ojos, giré y presioné el rostro contra el cojín. Como ya habían transcurrido seis meses desde su muerte, podía pasar varias horas simulando que estaba bien sin ella; pero la verdad era que ese estado nunca duraba demasiado. Evidentemente, la realidad era tan dura y despiadada como la boca de incendio contra la que habíamos chocado con Addie.

Y lo cierto era que tenía que vivir el resto de mi vida sin ella. Lamentablemente, así era.